

Filología

N.º12

Marzo de 2020

Filología

Gacetilla académica y cultural

Gacetilla trimestral, Vol. 3

Marzo de 2020

ISSN: 2619 - 5305 (en línea)

Medellín, Antioquia

Dirección editorial:

Federico Jiménez

Santiago Hernández

Edición y corrección:

Maira Fernanda Guzmán

Eliana Sepúlveda

Sara Flórez Maya

Manuela Henao

Perrone M.

Samuel Restrepo Agudelo

Rebeca Rendón

Diagramación y diseño:

Mirey Córdoba Perez J

Johnnatan Naranjo Cuadros

Arley David Palomino

Índice

4 Editorial

Facultad del lenguaje. Ciencia y política, II

7

Luis Fernando Quiroz

11

De cómo un filólogo llega a ser traductor

Andrés Felipe Quintero

¿Dónde están los estudios latinoamericanos en la Suiza alemana?

15

Diana Marcela Toro P.

18

Lenguaje, verdad y rebelión Breve ensayo a partir de L'Enfant sauvage y la educación de Victor de Aveyron por Jean Itard

Sebastián Castro T.

La inteligencia americana

29

María Isabel Gaviria

32

Operative Bildlichkeit mit und ohne Algorithmen

Traducción: Andrés Felipe Quintero Atehortúa

XXXIII

38

Catalina Garcés Ruiz

44

Silencio

Salvador

Editorial

Comenzamos las publicaciones de este año con nuestro primer número especial: por entero con aportes de los egresados de Letras: Filología hispánica. El objetivo de integración que este medio ha buscado, aquí se ha logrado parcialmente. Pues con la participación de algunos profesores y, por supuesto, la habitual colaboración de nuestros compañeros del pregrado y otras dependencias, si algo se ha echado de menos es el diálogo con los egresados, quienes ya desde su labor como filólogos están en toda la capacidad de plantear diferentes discusiones desde la experiencia y, cómo no, compartir su labor creativa desde una etapa más madura.

Pero esta no es la única novedad, este número no solo cuenta con los aportes de un estamento (llamémoslo así) con el que siempre habíamos deseado contar: el equipo editorial ha crecido. Así, este nuevo número constituye un esfuerzo más para mantener este proyecto vivo y darle mayor vía al tan difícil relevo generacional.

El número que presentamos a continuación es el fruto del taller de edición ¿Cómo editar un número de filología?, impartido a finales del año pasado. El llamado que hemos hecho a los egresados finalmente ha tenido la mejor de las respuestas y esperamos, de aquí en adelante, poder seguir contando con la participación de todos los estamentos que hacen parte de nuestro pregrado. E incluso más, pues es sabido que nuestro interés cultural y artístico es compartido por toda la comunidad universitaria.

En este número no hemos recibido fotografías ni dibujos, que habían dado a los anteriores un sabor más variado y artístico. Pero en lo demás los egresados han cumplido todas las expectativas. Desde reflexiones generales y concretas como las que encontramos sobre la universidad y los hechos del reciente 20 de febrero en el texto “Facultad del lenguaje. Ciencia y política II” y las motivadas por la película de Truffaut *El pequeño salvaje* que desemboca en cuestiones sobre la realidad colombiana a través de la imagen, sumamente impactante por lo demás, de la rebelión

ante la injusticia, parte central tanto de la película como de este ensayo homónimo titulado “Lenguaje, verdad y rebelión”; hasta las reflexiones sobre el quehacer filológico que, no es un secreto, estábamos ansiosos por recibir. Así los dos títulos: “¿Dónde están los estudios latinoamericanos en la Suiza alemana?” y “De cómo un filólogo llega a ser traductor”, elocuentes por sí mismos. Finalmente, en cuanto al género ensayístico, cerramos con una nueva mirada a uno de los conceptos principales del pensamiento latinoamericano acuñado por Alfonso Reyes: “la Inteligencia americana”. Por el lado creativo encontramos un capítulo de una novela inédita, un cuento inspirado en una fotografía y en nuestra realidad colombiana y, finalmente, el poema “Silencio”.

La invitación a los egresados estará siempre abierta, esperamos que este primer número especial sea del agrado de todos. Aquí se cierra una cadena de esfuerzos de personas que siempre han sido favorables al proyecto y de quienes fueron los primeros en darle vida. Ahora es nuestro principal objetivo continuar dándole vida a este proyecto y contagiar a los nuevos compañeros a que se sumen a este espacio, abierto al debate y feliz de publicar los esfuerzos creativos.

Vida del pregrado

Facultad del lenguaje. Ciencia y política, II

Luis Fernando Quiroz

Ante el grito que el niño lanzaba por un golpe de su hermana, la madre le reveló: “¡péguele pa’ que aprenda, berriondo!”. Y el niño ni roncó. Más habría tardado un colibrí en levantar vuelo. Esta escena no es infrecuente entre nosotros, pero quizás por esto mismo tampoco se suele reparar en un pequeño detalle. Sí, escrito con *b*: *berriondo*, preciada moneda de las montañas antioqueñas que todavía hoy guarda cierto valor de cuando fue acuñada.

A ese cuando pertenecen unas palabras también centenarias: “cada vez me convenzo más de que estudiar es orar”. La íntima confesión del entonces estudiante de ingeniería Efe Gómez, apuntada con discreción en una libreta, yo mismo la he repetido con extrañamiento. Estudiar es orar. Efe, se dice, nunca se graduó de la Escuela de Minas, entonces parte de la Universidad de Antioquia: habría rechazado la formalidad de la titulación en protesta por la injusta expulsión de un caro amigo. Pero hasta morir, estuvo conven-

cido de que la formación universitaria termina por enfermarnos la cabeza con ideas imposibles en sociedades compuestas, en esencia, por “almas rudas”. Lo habría sido la sociedad suya. Lo sería la nuestra. Acaso lo sean todas. Estudiar es orar. Tomás Carrasquilla, poco después, entre risas y chascarrillos sentenció con solemnidad: “la fe es en todo superior a la razón”. Carrasquilla nunca se graduó de jurisprudencia en el Colegio de Antioquia, al que conoció recién vuelto universidad. Pero falleció sin ceder en el elogio al rector y artífice de la reforma: el “Caballero de Cristo”, epíteto con que consagró a Pedro Justo Berrío y su “cruzada” para librar a “Antioquia” del peligro de liberales, socialistas, protestantes y masones. Como todas, la cruzada, además de bélica, fue en lo primordial de ideas: el “Caballero de Cristo” afirmó el triunfo de su cruzada con un ambicioso programa educativo por el que fueron fundadas no pocas escuelas, todas articuladas alrededor del Alma máter antioqueña.

El empuje de la cruzada hallaba simpatías más allá de las montañas regionales. Por ejemplo, un sabio conductor de los destinos de este país, curiosamente también apellidado Gómez, mediando el siglo xx solía repetir: “los moderados son los peores”. A la par arengaba en contra de toda idea y valor que él no compartiera. Y amplia fue la lista, engrosando sin palabra ni duda la amenaza informe, pero siempre roja. Todo era reductible a esta cuestión. El doctor Laureano quiso ser nuestro Juan Donoso Cortés, quiso ser nuestro general Francisco Franco: apostó por el gesto hostil que defendiera el valor primordial del sacrosanto espíritu nacional, acuñado en lo hispánico y lo católico, y, como tantos más a su lado, en su contra o en su supuesta contra, instigó una larga Guerra Civil, otra cruenta e innecesaria cruzada. Sin que esta todavía acabe, y ante la reciente máxima de “si lo veo le doy en la cara, marica”, cortesía de Uribe Vélez, en la acaso ingenua oración del joven estudiante Efe se condensa la formación en la intolerancia civil, política y religiosa, que tantas lágrimas aún hoy nos cuestan.

Cabrían muchísimos más nombres. No hace falta ahora mismo: todos ellos se han obstinado en sus creencias. En su creencia. Ante ella, José Asunción Silva no ofrece más que una lección nacional de moral: suicidio por sincero arrepentimiento tras jugar, y perder, la sublime fe de sus mayores. Y así nos lo venden, con su mirada de frágil infante, admirado de quien sí comprende

las palabras del que murió en la cruz y sobreviviente en el renovado y contradictorio santoral de los billetes nacionales... Pues estudiar es orar encarna no solo persecuciones, exilios y castigos callados en Silva —y Baldomero Sanín Cano—, sino también en Débora Arango, Virginia Gutiérrez de Pineda, Luis Vidales y Gabriel García Márquez. Aun así, entre innúmeros otros, ellos también demuestran que estudiar no es orar.



Estudiar no es orar, no por fatal incompatibilidad con la vida religiosa, que ilustres casos están a la mano — el teólogo Lessing y su *Nathán el Sabio* (1779), el pietista Kant, el claretiano Gordo Álvarez, el mosén Jaramillo Arango—, sino porque aquellos padres de la patria se han empeñado a todo costo en la lógica del amigo o el enemigo. Sin términos medios. Y cuando por accidente o audacia lo hubo, sin ambigüedad deshicieron la inadmisibles contradicción: suicidio intelectual, rehusaron las exigencias del mundo moderno asegurándose de que su cruzada se perpetuara con la fundación de más escuelas, institutos y universidades en

donde, en suma, no se estudiara ni criticara, sino que se repitiera sus precisas palabras. Estudiar es orar: acto de fe, palabras sin pronunciar, sin respuesta imprevista ni argumento admisible. Se nivelaron ellos como la inteligencia de la sociedad. Equipararon Universidad y confesionario. Cuántos sin saberlo, y cuántos con saberlo, no los secundan todavía.

Pero estudiar, atrevámonos ya, es exigente dialogar: escuchar divergencias, conciliar contrarios, construir base común y también sobre ella. El lenguaje, el diálogo, la crítica o el estudio no se desvive en lambonearías y encomios, pero tampoco hostiliza ni vitupera; no levanta muros, sino que tiende puentes: afirma la empatía necesaria para acercarse a lo extraño. De ahí que desborde la estricta unidad burocrática de cualquier dependencia académica. Es el sentido mismo de la Universidad.

Hoy es titánica la deuda no solo de la Universidad, sino también de la sociedad fundada sobre esas ideas, sobre esos valores. Pero también hoy, con la aparente distancia que nos ofrecen los años, sabemos que el mundo no se ha acabado, que hartos que siguen andando, que amenaza no es quien piense diferente, no quien levanta la voz, sino quien levanta la mano, quien apuesta a la gloria de la espada y el fusil. Nuestra tarea no es la repetición por la repetición, por culto a la tradición, tenga la forma que se le quiera dar. Todo lo contrario. La crítica, la búsqueda racional

y el esfuerzo incesante por la coherencia es nuestro norte. Nosotros, recordémoslo, amamos aún. Soñamos aún. No es oportuno todavía descansar.

Niquía, 10II2020

Adenda: el [jueves 20 de febrero de 2020](#) es un hito. Marca la continuación de un surco de autoritarismo estatal, uno con precisión definido en las intervenciones artísticas de las protestas de fines de 2019: “[Un país que siembra cuerpos](#), ¿qué cosecha?”. Cabe añadir: ¿qué cosecha si no solo usa términos vaciados de sentido —paz, autonomía universitaria, apenas para no alargarnos *ad infinitum*—, o sea que vive sin sentido alguno, sino que también se golpea y, aturcido, celebra el golpe recibido? No otra cosa ha vuelto a ocurrir con la Universidad, sustancia de toda vida nacional moderna. Y de nuevo de la mano de apellidos sin pretensión de abolengo, en lo cual dicha fecha también marca una continuación. Solo que este tipo de apellidos ha optado en no pocos casos por la resignación permisiva o la colaboración entusiasta ante aquel otro tipo que sí tiene tal pretensión, que sí la consigue justificar o forzar y que, ante la masificación universitaria estatal y la consiguiente multiplicación de universidades privadas, únicamente concibe la escalada de la represión y de la vulneración de derechos como medio para perpetuar el irresponsable estado

de cosas, para perpetuar tal pretensión. Este hito es otro contrahíto de nuestra historia social. Pero la renuncia a un derecho y a la razón por el abuso que de ellos se haga nunca ha conseguido plantar ningún árbol, hacer que eche raíces, que medre y fructifique. Este esfuerzo es estudiar, que no orar, y por ningún golpe ni amenaza se aprende. No es oportuno todavía descansar.

Medellín, 21II2020



De cómo un filólogo llega a ser traductor

Andrés Felipe Quintero

No se me olvidará la vez en que vi a uno de mis profesores de filología traduciendo un texto de Schlegel sobre *Lucinda*, una de las grandes novelas románticas. Me preguntó: «¿te suena mejor “beso contra beso” o “beso a beso”?» Conque eso era traducir: estar inseguro de lo que se dice. Pues sí, así lo definiría. La labor de un traductor consiste en cuestionarse cuál es el límite: ¿se puede o no se puede decir? ¿Suena mejor si lo traduzco literalmente o debo darle otro giro más libre? Todo el tiempo dudamos, pero debemos proponer una solución. Si lo piensan detenidamente, es una actividad tortuosa, ya que, a veces, ni siquiera el mismo traductor tiene la certeza de lo que aparece en el original. ¿Podríamos denominarlo una suerte de traición? Tal vez. Pero es una traición necesaria, ya que ni siquiera el traductor se las sabe todas, ni es un diccionario andante, la mayoría de las veces ni siquiera tiene contacto directo con el autor para saber con precisión lo que implica cada palabrita. Es, ante todo, alguien que interpreta unos símbolos,

unos significados y unos significantes cargados de dobles sentidos, llenos de juegos de palabras y de desajustes. Traducir es pensar en el qué dirán y en el cómo te leerán. En esta labor tan incómoda siempre saldrá alguien a decir: «Yo tengo una mejor versión». Entonces el trabajo de uno se va al garete, ya que siempre la desconfianza reina y nadie —o pocos— creen en uno.

Si el lector reflexionara por un momento sobre lo que significa traducir un mero libro, se quedaría consternado. ¿Cuántas horas se habrá pasado el traductor vertiendo *La metamorfosis* de Kafka al castellano? Es un libro de escasas 80 páginas, dependiendo de la editorial. Si somos optimistas, cada paginita le llevaría una hora; es decir, 80 horas de la vida de un ser humano delante de un texto descifrando cuál es la palabra más conveniente, sorteando los sonidos, las cadencias, el ritmo interno, la prosa y, en fin, todos los elementos que deben considerarse cuando queremos inmortalizar a un autor en

una lengua de destino. En otras palabras, siempre será comprometedor. Pero la vida es demasiado corta como para aprender a profundidad alemán, francés, japonés o sánscrito en el caso de que deseáramos leer en el original a nuestros escritores preferidos. Si ya de por sí es complicado leer a un escritor de gran alcance en nuestra lengua materna, imagínense leerlo en su lengua original. Aquí lanzo mi humilde opinión: para leer en una lengua extranjera o, más exactamente, en una lengua que no fue adquirida como materna, siempre se requerirá una traducción. Pese a que llevo más de 12 años aprendiendo alemán, siento que difícilmente llegaré al nivel de un hablante nativo. Esto no significa que sea imposible, sino que siempre surgirán restricciones. Traducir es, a decir verdad, poseer un espíritu investigativo, inquisitivo, desconfiado y osado. Nunca se puede aseverar que lo dominamos. Es un ejercicio que exige siempre autoevaluación, autocrítica.

¿Realmente entendemos todo lo que traducimos? No, no siempre entendemos todo, debemos recurrir a blogs, diccionarios, enciclopedias, manuales y a colegas para tener una garantía. Esta es una vocación desbordante, ya que las palabras nos engañan y muestran ser lo que no son. Aparte de esto, el tiempo no juega a nuestro favor. Una página nos puede llevar dos horas o un poco más, dependiendo de si se trata de un texto complejo, especializado, repleto de tecnicismos, o de frases mal formuladas,

ambiguas y sin cohesión alguna, pues todas estas dificultades forman parte de los gajes del oficio, a los que nos vemos abocados tarde que temprano. Cerramos el libro, y creemos que captamos el mensaje. Pero al final llegamos a la penosa conclusión de que se nos escapó algo, que tal equivalencia no era la acertada, que podría haber otras posibilidades, otros matices dignos de ser revisados.

Pienso que en Filología Hispánica deberíamos tener una mayor cercanía con la traducción, ya que es uno de los fenómenos lingüísticos que más han servido y aportado a la humanidad y que siempre trae consigo tantas críticas y debates. Casi todos los libros que hemos leído provienen de otras lenguas. La Biblia, las obras de Shakespeare, los poetas malditos franceses, *El Principito*, los manuales de yoga, Harry Potter y, en fin, una larga serie de libros y escritos los hemos disfrutado gracias a esa labor ingente de la traducción. Otra persona se tomó el trabajo de entregarnos una obra decodificada, dispuesta para ser consumida en nuestra lengua materna, como si hubiera estado disponible en esta misma desde su génesis.

Justo ahora estaba buscando el significado de una palabra para un texto que va a servir de introducción en la *Staatliche Bauhaus* y que ustedes podrán apreciar en este número de la gacetilla *Filología: Unbildlichkeit*. Ningún diccionario oficial de la lengua

alemana la registra. “*un-*” es

algo.

una partícula adversativa para componer palabras, es decir, sería lo contrario de “*bildlichkeit*”, la cual se entiende como “iconicidad”, “imaginería”, “plasticidad”, “graficidad”. Como se habrán dado cuenta, es bastante compleja la elección. ¿Ahora qué diablos significa que sea “*un-*”? “iniconicidad” o “falta de iconicidad”, “carencia de iconicidad”? Se me han ido por lo menos 20 minutos de la vida buscando qué pueda ser esto. ¿Cómo resolver el problema? Esto es traducir, amigos míos. Sería una especie de goce, es decir, algo que produce placer y a la vez molestia, cansancio, inquietud. Esa es la vida de un traductor común y corriente: dar sentido a las palabras, pensar en el otro, sufrir por el sentido. ¿“¿Qué quieres decir?”, “Dame más contexto”, “Sé más claro”, “Por favor, dame otra pista... Esas son las plegarias del traductor. ¿Qué tenemos un cuadro psicológico especial? Yo creo que sí. Pues partimos de lo incierto, lo extraño, lo singular, lo contingente. Queremos hacer las veces del autor original, pero siempre debemos sacrificar

Ustedes que me leen en español están tratando de traducir en su mente este breve comentario. Tal vez pasamos por alto que todos somos “traductores” cada vez que, ante una determinada situación, exclamamos alguna de estas expresiones: “¿Qué me habrá querido decir?”, “¿Me quiere o no me quiere?”, “No te entendí”, “Explicámelo con plastilina”. Me atrevería a afirmar con cierto patetismo: la vida se nos va pensando en lo que el otro quiso decir, esto es, traduciendo sus palabras y sus silencios. Cada generación requerirá de otra versión, y requerirá intérpretes, hermeneutas, expertos en semiología, semiótica, etc., para poder entender lo que se quiso decir. ¿Un lector del siglo XXI entiende al Quijote con facilidad? ¿Un costeño o bogotano podría leer sin dificultades a Tomás Carrasquilla? Nuestra vida está mediada por esta necesidad.

Miscelánea

Miscelánea

¿Dónde están los estudios latinoamericanos en la Suiza alemana?

Diana Marcela Toro P.

Hay una tensión latente entre el ser migrante, la lucha por una integración real y la visión de reconstruirnos bajo los parámetros de una nueva cultura. Si ponemos atención a los términos «desculturación», «aculturación», «inculturación» y «transculturación», que Ortiz, García Canclini, Mertz-Baumgartner y Rama han explicado ampliamente, nos damos cuenta de que esta tensión no distingue política, religión o economía. Aunque sí parece claro que la tensión puede llegar a ser más fuerte o suave entre refugiados, exiliados políticos y personas que se movilizan de un lugar a otro por deseo propio.

Ovidio, G. Flaubert, J. Donoso, J. Joyce, C. Cavafis, J. Álvarez, P. Celan, A. Jeftanovic, E. Said, entre otros, son escritores y teóricos que muestran claramente esta tensión. En muchos casos la más fuerte es la del exilio, ¿cómo un lugar de origen que ahora está lejano, y quizás solo en la imaginación volverá a ser lo que era, puede convertirse

en la excusa para escribir sobre temas universales y, al mismo tiempo, locales? Como estudiante latinoamericana y migrante que llegó hace cuatro meses a Berna, me hago esta pregunta casi todos los días cuando me dirijo a la Universidad a estudiar.

Cuando hice mi carta de motivación para obtener la visa de estudiante y poder venir al otro lado del Atlántico, especificué que mi intención era ver, leer, estudiar y analizar la mirada que Europa tiene sobre Latinoamérica. No me importaba, y aún no me importa, si esa mirada era o no dolorosa para mí. Lo relevante era ver objetivamente cómo la academia europea ha construido la imagen de Latinoamérica, cómo nos han leído a través de los años, cómo nos han interpretado desde la Conquista[1], pasando por las independencias y la construcción del imaginario de nación, hasta llegar a lo que hoy conocemos como países en vías de desarrollo. Quería y quiero ver todas las perspectivas: las li-

terarias, las lingüísticas, las políticas y las sociales; los puntos de encuentro y desencuentro.

En la Suiza alemana solo existe una Maestría en Estudios Latinoamericanos, este master se encuentra en la Universidad de Berna y se divide en cuatro módulos o componentes: música, antropología social, historia y lingüística/literatura. En el resto de universidades suizas, por ejemplo, las universidades de Zúrich, Neuchâtel, Friburgo o Ginebra también existen institutos romanísticos, es decir, lugares donde se aprende sobre las lenguas romances (italiano, francés, español y portugués) y donde se estudia la literatura y la lingüística de Hispanoamérica.

Según el portal swissinfo, la lengua española se difunde activamente desde hace más de cuarenta años, cuando se crearon los primeros cursos de español, inicialmente de España, con el fin de que los alumnos mantuvieran un vínculo lingüístico y cultural con su país de origen. Podríamos sumar, además, una encuesta realizada en España en 2017, la cual afirma que en Suiza hay más de 124.000 hispanohablantes. Si agregamos también a todos los suizos que por diferentes razones se han acercado a la lengua, nos encontramos ante un mercado estudiantil que le abre las puertas tanto a foráneos como a locales. Me parece extraño que un país que está tan abierto a aprender el español cree una maestría sobre Latinoamérica

dictada casi completamente en alemán. Especialmente, porque ¿cómo podemos entender a Latinoamérica si solamente leemos lo que está escrito en alemán o en inglés? ¿Hay una comunicación real entre la academia latinoamericana y la suiza alemana?

Que la única maestría en Suiza sobre Latinoamérica sea dictada casi completamente en alemán plantea además otros problemas, ya que los únicos cursos que estudian específicamente a América Latina son de literatura e historia. Las otras dos ramas de la maestría quedan desprotegidas y absolutamente dirigidas a los cursos que la Universidad ofrezca en antropología social y en música, en su mayoría basados en conceptos creados por europeos, norteamericanos o mediorientales para explicar procesos culturales, sociales, políticos, históricos y literarios, que luego son aplicados al contexto latinoamericano.

Una de las cosas que demostró el postcolonialismo y la visión de los estudios culturales, creada en Gran Bretaña, es que ya no podemos explicar solamente una cultura desde un punto de vista (normalmente dominante), sino que debemos recoger las otras historias y ver el mundo de una forma más heterogénea. Comenzar a ver al «otro» no como algo o alguien exótico, aceptado desde el afuera, sino apreciarlo sin el miedo interno a lo desconocido, que no deja penetrar esa esfera de lo externo, lo extra-

ño, lo extranjero, y que no permite ver eso «otro» en toda su magnitud. ¿Qué pasa entonces si seguimos tomando metodologías y teorías nacidas en el Viejo Mundo y las hacemos caber en el Nuevo Mundo?, ¿podemos decir realmente que la teoría europea puede describir a Latinoamérica en todas sus dimensiones y que ha sabido describirla a través de los años?, ¿no estaremos reproduciendo de nuevo un orden dominante que ahora nos dice que nos miremos a nosotros mismos?

Es un poco absurdo porque todas estas preguntas ya fueron expresadas por otros compañeros de clases en filología y, probablemente, también fueron pensadas en las más importantes universidades de América Latina. Pero entonces, por qué en esta universidad no están leyendo a Rama, Ureña o Gutiérrez Girardot. Ni a ellos ni a Cornejo-Polar, Martín-Barbero, Mignolo, Moraña y otros teóricos, ¿es este un asunto que solo tiene respuesta en la difusión y traducción de textos o va más allá de eso?

No pretendo ser malentendida. En el resto de Suiza, aunque no hay una maestría específica en estudios latinoamericanos, sí se estudia a Latinoamérica, como también en Alemania, Francia,

Italia y España. Tampoco estoy afirmando que los europeos, los africanos o los investigadores del medio oriente no puedan hablar sobre nuestro continente. No, mis dudas van hacia cómo estamos viendo la «otredad», mi cuestionamiento es hacia dónde están nuestros límites, dónde estamos reconociendo al otro y hasta qué punto estamos siendo reconocidos. Aquí leen Maravillosas posesiones de Stephen Greenblatt, un libro que trata sobre la Conquista de América y ni siquiera está en las bibliotecas más importantes de Colombia, ¿quiere decir eso que hay una literatura de la conquista de América especialmente para lectores europeos?

La tensión que crea en mí el estar aquí como migrante, no hablante del alemán (menos del suizo-alemán), se une ahora a la frustración diaria de estar estudiando una Maestría en Estudios Latinoamericanos, que no estudia en realidad a Latinoamérica.

[1] Hasta ahora no hay ninguna cátedra en la Universidad de Berna sobre indigenismo o cultura aborigen en América Latina.

Lenguaje, verdad y rebelión

Breve ensayo a partir de *L'Enfant sauvage* y la educación de Victor de Aveyron por Jean Itard

Sebastián Castro T.

I

Nunca he logrado ser cinéfilo. Hago lo que puedo. En cuanto a la adicción a este tipo de sustancias espirituosas, siempre me han atrapado más la música y la literatura —en especial la poesía— que el arte de capturar el tiempo en una celulosa (o en un formato digital, en su defecto). Estas también se pueden disfrutar más en compañía que en soledad, pero la cuestión con el cine es que soy incapaz de consumirlo aislado. Tengo que experimentarlo con alguien o, está bien, solo, pero bajo la promesa de una pronta conversación. Supongo que, como con el licor, aún no traspaso esa línea que separa a un bebedor social de un alcohólico encumbrado. Ya habrá tiempo de refinar los vicios.

Pero entre estas sustancias, y dado que él puede ser un cóctel de todas las otras, hay que reconocer que la capacidad del cine para grabar en la memoria una imagen o una idea... es única. La música y la literatura cambian la cotidianidad, la enriquecen, la transforman al mezclarla con los mundos que contienen; el cine nos enajena, nos arrastra a un viaje. Nos transporta a mundos completos con todos nuestros sentidos, nos impone sus reglas y fácilmente nos obsesiona con lo que vimos, con lo que sentimos. Nos deja la imaginación trastornada. Contrario a lo que a veces se argumenta contra el cine por su velocidad y dominancia sensitiva, tales cualidades no implican que no se preste para la reflexión. Más bien, es por esta capacidad de enajenar la vida común, emocional y sentimentalmente, y de obsesionar el pensamiento, que me

cuido de su asiduo consumo solitario. En las siguientes líneas quiero exorcizar de mí un pensamiento de este tipo, una idea que me implantó hace meses Truffaut mediante un choque emocional.

La cosa fue así. Una tarde bogotana, fría y gris como el prejuicio lo exige, terminé metido en el cineclub Bartleby de los estudiantes de literatura de la Universidad Nacional, viendo *El pequeño salvaje* (1969) de Truffaut. Una película más —junto a la impresionante *La terra trema* (1948) de Visconti— en medio de un ciclo que trataba de ofrecer material para pensar los problemas de la sociedad desde su drama humano. Esto, digo yo, a propósito de los paros y protestas que han ocurrido recientemente en el país.

La película está muy bien. Le da vida a los dos reportes que el facultativo Jean Itard dejó de la historia de este *pequeño salvaje* en 1801 y 1806[i]. Es apasionante ver la historia del *pequeño salvaje* Víctor de Aveyron y del profesor Itard (protagonizado por Truffaut mismo), quien se enfrasca en demostrar que el muchacho puede ser educado a pesar de haber sido valorado por el reconocido doctor Philippe Pinel —padre de los sanatorios y del *moral treatment* para las enfermedades mentales, una opción a los choques eléctricos, entre otras técnicas— como un completo imbécil: un joven al nivel del más burdo animal, incapaz de desarrollar el

habla, de entender y hacerse entender, de dejar de mover la cabeza de un lado al otro y, en resumen, de participar de la sociedad civilizada humana. Itard le lleva la contraria a su maestro y pide la tutela del niño, la cual le es concedida por el gobierno francés posrevolucionario.

El filme avanza a través de una serie de escenas (en su gran mayoría correspondientes al reporte de 1801) donde Itard intenta, fundamentalmente, que Víctor adquiriera el lenguaje mediante el refinamiento de sus sentidos y la ampliación de sus deseos, así como, consecuentemente, de su necesidad de comunicarse como medio para satisfacerlos. Únicamente a través de la adquisición del lenguaje, Víctor podría entrar en la sociedad de sus semejantes, luego de haber sido abandonado en el bosque y haber sobrevivido solo durante varios años. Víctor logra importantes avances, demuestra su inteligencia y capacidad de aprendizaje, pero nunca logra desarrollar plenamente el lenguaje hablado. Estudios actuales sugieren que el muchacho era autista, noción inexistente en la época. Sin embargo, en medio de su educación relacionada con la interpretación de signos que corresponden a las cosas y satisfacen sus necesidades mediante la comunicación, logra algo más importante que motiva estas líneas.

La cinta tiene su clímax unos 20 minutos antes del final. Itard

está satisfecho con los resultados de su educación, con que Víctor haya logrado comportarse en sociedad, sentarse a la mesa, pedir su comida y controlar su carácter, entre otras cosas. Sin embargo, aparece en él una duda propia de todo educador. Se pregunta si el comportamiento de Víctor es simplemente imitación y adaptación intrascendente —al fin y al cabo era recompensado conductivamente cuando hacía lo que se le pedía—, o si realmente ha comprendido e interiorizado los valores y nociones éticas que él le ha querido inculcar con respecto al comportamiento humano en sociedad. ¿La educación ha sido exitosa en tanto ha llegado al alma?, ¿o es una mera repetición pragmática propia del animal que se adapta a un medio para sobrevivir?

Itard quiere educar a un humano completo, desarrollado plenamente a nivel moral, espiritual. Un ser libre de estar reducido solamente, como Víctor lo estaba antes, a la mera subsistencia física del *salvaje*[ii], sujeto al círculo absurdo de la existencia natural: nacer, crecer, reproducirse y morir. ¿Víctor ha desarrollado el “sentimiento de la justicia” en su corazón? Aunque ya ha sido domesticado y se doblega cuando es castigado por un mal comportamiento, con lo cual muestra el reconocimiento de una autoridad, ¿sería capaz de rebelarse ante algo injusto? Para Itard, un ser humano civilizado con sentimientos en su corazón y sensibilidad en el alma es aquel capaz de rebelarse

al sufrir o presenciar una injusticia. Si Víctor no pasaba esta prueba, Itard habría fracasado completamente.

Sobra decir que lo hace. Y aquí está la magia del cine, de Truffaut. Saber si la escena era una genialidad del director o era propia del caso, me desveló muchos meses; encontrarla en el segundo reporte, descrita de una manera igualmente conmovedora por Itard, me permitió entender el significado de lo que he llamado un *choque emocional* como efecto del cine que lleva a la reflexión: una imagen o sensación que lo reordena todo por dentro y le permite a uno intuir cosas que antes le estaban vedadas. La emoción es el conocimiento más difícil de transmitir.

Sí, Truffaut toma fielmente la escena de Itard, incluyendo la exactitud de que Víctor le muerda el brazo al profesor cuando trata de castigarlo injustamente encerrándolo en una habitación oscura. Pero fue la escena de Truffaut la que me llevó irremediablemente al llanto —algo, creo, un tanto más difícil en la literatura; y más en el reporte de un terapeuta que busca convencer de su objetividad a la comunidad científica de la época— y a la comprensión emocional de lo que significaba esa situación; el abrazo fraterno de Itard y su mirada llena de culpa por haber afrentado injustamente al muchacho. ¿Estuvo bien ser cruel e injusto para probar a Víctor? Fue el choque causado por la película lo que me hizo pensar en

la relación entre la educación en el lenguaje y el desarrollo de un sentimiento de justicia que lleve a los seres humanos a rebelarse contra lo injusto.



II

*Sus ojos incapaces de fijarse,
inexpresivos,
errando vagamente de un objeto
a otro, sin jamás detenerse en
nada*

Itard (1801).

Esto de hablar de una noción de justicia íntima que se deriva de cierta educación puede sonar amenazante en nuestros días. Se sabe que las oposiciones civilización/barbarie y salvaje/civilizado son fácilmente manipulables y fueron fundamentales para la colonización europea y el establecimiento de un mercado internacional capitalista jerarquizado, con la industria en el norte y la explotación de materias

primas y mano de obra en el sur *subdesarrollado, salvaje*. En el trabajo de Michel Newton (1996, ver nota ii) se ve cómo los niños salvajes sirvieron para representar tanto la noción de un hombre incompleto como la de un ser inferior, poco civilizado, a semejanza de los pueblos y países fuera de Europa. Situación que, dentro de esta lógica, le daría el derecho a los civilizados a enseñar su luz a los demás pueblos. Las colonizaciones africana y americana sellaron definitivamente la verdad de que nada ilumina como el fuego y la sangre. Otro estadio tuvo esto, se sabe, en la Segunda Guerra Mundial. Entre otras cosas, es por estos detalles que no está muy de moda rescatar los valores de la educación ilustrada y suena sospechosa la idea de un sentimiento universal y abstracto de lo justo: vivimos en tiempos de la relatividad cultural y, por tanto, de la relativización de los valores. Se entiende.

Sin embargo, lo que no pude dejar de preguntarme al terminar de ver la película fue: ¿cómo es posible que un niño *salvaje* sepa rebelarse ante lo injusto y nosotros no? Al principio ese *nosotros*, apuntó, claro, a los colombianos. A nosotros que hemos fracasado en las revoluciones más básicas y vivimos haciéndonos de la vista gorda frente un país deshumanizado. Pero luego comprendí que ese plural podía ser más amplio, pues finalmente vivimos la globalización y el mundo conectado, aunque es innegable que el país tiene enormes agravantes. A pesar de esto, lo cierto es

que la mayoría de los *ciudadanos* actuales del mundo compartimos vivencias y situaciones, compartimos una cultura regida por la prelación de la economía neoliberal sobre la sociedad, operando con la oposición propuesta por Karl Polanyi en *La gran transformación*; y por tanto, dentro de esa sociedad regida por dinámicas similares globalizadas, tenemos valores similares que pretenden ser valores democráticos y humanistas... en el papel. Discursivamente, se supone que hay un compromiso internacional con los mismos valores liberales que dejó la Revolución Francesa y su Declaración de los Derechos Humanos.

Si esto es así, no debería ser tan difícil sostener cierta universalidad de lo justo que nos permita pensar en el desarrollo de un instinto de resistencia ante lo contrario. Se nos educa en los valores humanistas modernos y esa educación nos inculca necesariamente la capacidad de reconocer lo injusto. Lo hacemos al ver las noticias en los periódicos, en la televisión o en alguna red social. Sí, mientras hacemos *scroll* para ver todas las novedades —¿no nos describe Itard en las líneas de arriba?— y vemos un crimen ambiental por aquí, una masacre por allí, un desfalco bilionario al estado protagonizado por algún político o banquero, un casual exterminio mediante el hambre y el desplazamiento a algún pueblo indígena o el asesinato sistemático y progresivo de toda una clase social. Sabemos reconocer lo injusto, pero algo nos falta. Algo

que sí tenía el muchacho *salvaje*. Algo falta o algo sobra y nos cubre el juicio, permitiéndonos ver cómo todo parece ir mal sin que pretendamos hacer nada al respecto. Ya ni el morbo, ni lo más cruel, nos mueve. Vivimos algún tipo de borrachera.

Hay una clara noción, reconocida nacional e internacionalmente, de qué es propio de un ciudadano civilizado moderno. Así pues, si existe ese consenso, ¿a qué se debe nuestro evidente salvajismo, nuestro espíritu degenerado o a medio desarrollar que no reacciona? De seguro hay muchas razones. Nuestra cruenta historia y el hecho de vivir en constante zozobra — con un estado francamente pervertido y sus terribles sustitutos en el control de ciudades y regiones— seguro hacen parte de ellas, pero creo que vale la pena profundizar en una que guarda relación con todas las anteriores: nuestra relación con el lenguaje y con la verdad.

III

Zeus, apiadado de los hombres (a los que Prometeo ya había obsequiado el fuego, base del progreso técnico, pero aún carentes de capacidad política), envió al dios Hermes para que les repartiera a todos los fundamentos básicos de la moralidad: *aidós* (pudor, respeto, sentido moral) y *díke* (sentido de la justicia). Y Zeus le encargó muy claramente que a todos los humanos les dotara

de tales sentimientos. «A todos, dijo Zeus, y que todos participen. Pues no existirían las ciudades si tan solo unos pocos de ellos lo tuvieran, como sucede con los saberes técnicos. Es más, dales de mi parte una ley: que a quien no sea capaz de participar de la moralidad y de la justicia lo eliminen como a una enfermedad de la ciudad» (García Gual cita a Platón: Protágoras 322 d)[iii].

¿Qué sucede en el aprendizaje del lenguaje y de las costumbres sociales que le permita a Itard exigirle al joven Víctor que haya aprendido la justicia? El estudio del lenguaje se ha desconectado de la ética y este tipo de cuestiones, enfocándose en su funcionamiento estructural, en su naturaleza cognitiva, en su uso para la producción de mercancías o en su concepción como dato, unidad básica de una era informática. No obstante, hay algo básico, existencial, que ha ocurrido siempre y nos define como humanos; se trata de nuestra relación con la verdad, de nuestra obsesión con lo verdadero. Cuestión que está en la base de nuestro instinto más básico de conocimiento.

Esa primera obsesión con la verdad, previa a la experiencia religiosa —o quizás simultánea—, es la del niño por aprender qué palabra corresponde a qué cosa. La obsesión por nombrar el mundo, por hacerse con un adentro a partir de tanto afuera. La verdad remite a ese instinto de querer tender un puente entre las palabras y las cosas. Entre la comunicación y su referencia a algo *real* que *corresponde*.

De algún modo, a medida que nos hacemos con más palabras, con más signos, aumentamos nuestra capacidad de reconocer la verdad, aumentamos la verdad que está en nosotros y nuestra capacidad de operar con ella. Es evidente, luego, el lazo que siempre hay entre el lenguaje, la verdad y la educación en una cultura que nombra y crea el mundo, mediatizando los valores de esa verdad.

Pero hablo de la verdad como algo humano, como algo que habita en el lenguaje y en los lazos sociales, no se trata de verdades reveladas y divinas dictadas por los dioses, aunque la verdad humana pueda someterse a estas. Un valor humano y social, no un dogma específico. La relación establecida tradicionalmente entre nosotros y el mundo. Esta verdad refiere a la coherencia y al correcto encadenamiento entre una serie de ideas fundamentales cuya verdad se asume evidente por creencia, tradición, experiencia mundana o prueba científica. Las palabras de alguien, sus razonamientos, sus actos, deben corresponderse con esas nociones básicas compartidas para considerarse verdaderas, correctas. Es esta verdad básica, entonces, también un comportamiento en el que nos formamos. La noción más básica de justicia social es esta: que las palabras de alguien correspondan a esos postulados básicos compartidos que deberían alojarse en la intimidad, en el corazón. La injusticia fundamental, dejando de lado el redundante adjetivo “social”, es desviar o

tergiversar: mentir. Pues esto significa una ruptura en la relación básica que una sociedad humana establece entre el mundo y los actos, sean estos palabras o cualquier otra cosa. Luego de todo el esfuerzo realizado por Víctor para aprender a responder adecuadamente a una instrucción de Itard, no es *justo* que sea castigado por hacer lo que ha aprendido como correcto.

Entonces, ¿por qué perdemos la capacidad de rebelarnos ante una clara desviación de la verdad?, ¿ante una tergiversación del ideal de mundo que nos han puesto en la intimidad desde que somos niños? Hay un momento en nuestra educación en que se tuerce el camino. Se trata del momento en que se nos prepara para actuar no correctamente, sino adecuadamente, beneficiosamente. Para sobrevivir a la hostilidad de las circunstancias y sacar ventaja como se pueda, en un claro abdicar de esos otros principios humanos relacionados con lo justo.

Llega el momento en que se le enseña al niño a “ser vivo” y a no “ser bobo”. Al niño se le enseña que debe decir la verdad, que debe actuar de manera correcta y se le reprende por mentir; pero a la vez se le enseña que debe ceñirse a las reglas en todo entorno, por supervivencia, y que debe obedecer aun cuando no entienda la verdad detrás de las leyes sociales que se le imponen. Se le premia si obedece y se combina el obedecer con el *ser correcto*, con el apegarse a la verdad. Esta confusión, que ya advertía Roussaeu en su *Emilio* al se-

ñalar la contradicción entre educar un ciudadano y educar un ser humano en bienestar consigo, quizás es lo que trae luego la perniciosa incapacidad de rebelarse ante lo falso, ante lo tergiversado, ante lo amañado. Aparece en nosotros la pregunta: ¿vale la pena?, ¿conviene? Y, de ahí, ese apego al conservadurismo de cualquier costumbre mientras costumbre sea —el morboso gusto por el orden, tan distinto a la verdad, que suele favorecer el ascenso de los autoritarismos que garanticen a toda costa *el convivir*— como la costumbre a la desigualdad más profunda y grosera, por dar un ejemplo. Se hace inevitable pensar que quienes regulan la educación y las costumbres deben sacar ventaja de fomentar esta contradicción, este miedo que confunde e incapacita para luchar por la verdad. Para algunos esta comunión cobarde con la injusticia es un deleite y una necesidad. Es inconveniente la inteligencia.

Así pues, en ese momento se da una especie de atrofiamiento de lo que debería ser un transcurso normal en el desarrollo mental y espiritual, en la búsqueda del conocimiento, la libertad y el bienestar para conseguirlo; así como de la consecuente necesidad lógica de transformar todo aquello de la sociedad que no sirva a estos propósitos como intereses comunes. Itard concluyó en su reporte de 1801 que “la superioridad moral que se ha considerado como natural al hombre, no es otra cosa que el resultado de la educación”; y esta educación surte ese efecto en la

medida en que “existe [tanto para el salvaje como para el hombre más civilizado] una proporción uniforme entre sus ideas y sus deseos” principio que para Itard es fundamental al hablar del desarrollo de la mente humana. Ahora bien, el punto clave ante esta proporcionalidad entre los deseos y las ideas es la diversidad para desarrollar la capacidad de apreciación frente a diversos aspectos de la realidad. Y esta depende de la pasión y el aprendizaje de distintos lenguajes como ventanas al mundo. Es difícil hallar tal educación en los sistemas académicos contemporáneos. Una educación de la sensibilidad que abra al individuo —y luego a la comunidad— a una relación sensible con la vida y con los otros, tal vez tenga su fuente en las finas ficciones del arte.

Si es cierto que la verdad es algo que se ejercita, algo que se va ganando en la medida en que se trafica con mundos cada vez más amplios y diversos, que se aprenden y aprehenden, a lo mejor es verdad que la programática ignorancia del pueblo colombiano —¿de cuántos más?—, la privatización de la educación, la precarización de las condiciones laborales de los científicos, los maestros y todos aquellos que se dedican a cultivar las artes y el conocimiento es la causa de esta abulia, de este estado de salvajismo en que nos encontramos. Parece una mentira, pero todos los caminos siguen llevando a la fatal obstaculización del cultivo del espíritu y el pensamiento, ¡de lo humano!, por parte de las clases que sacan rédi-

tos económicos del poder político y así desangran el país, el planeta, en todos los sentidos de la palabra. Desde aquel *fin de la historia* noventero ante la empírica y aplastante verdad del lucro, los ideales de patrias humanas le han dado paso a las grandes fincas productivas, y la fábrica y la oficina han colonizado todo espacio íntimo.

Véase, para volver al papel que en esto juega el lenguaje, la tergiversación que se hace de los nombres de las leyes que afectan al público. La farsa que día a día protagonizan los medios de comunicación, televisados, radiales, impresos, digitales... sufrimos gobiernos que no tienen el más mínimo respeto por la verdad. Y la “justicia” no puede hacer nada al respecto. Pero se me ocurre, para terminar con una co-razonada que apunta a actores menos señalados usualmente, que este tráfico irresponsable con el lenguaje, esta pérdida de respeto por lo que él significa para la existencia humana, no lo cometen solo los políticos electorales y los periodistas vendidos al Gobierno. También lo cometen aquellos que enseñan sin incitar la pasión, los articulistas que ponen el conocimiento en cajas.

Se precisa educación en la sensibilidad a la lógica que exige la verdad, en restaurar el vínculo entre las palabras y las cosas y hacer lo que haya que hacer al respecto. Está en la naturaleza del lenguaje, en lo que somos, en nuestra innata búsqueda del conocimiento y lo verdadero, el rebelar-

nos contra aquello que se sedimenta y se nos opone. Visto así, la rebelión está en la base misma de nuestra relación con la verdad y con el lenguaje. Necesitamos tener *parresia*, decir siempre la verdad aunque sea incómoda, aunque se ponga en peligro la vida, como señala Foucault. O *vivir a la enemiga*, para recuperar la expresión con que Fernando González definió su brega en un país donde la verdad siempre está bajo amenaza de muerte.

IV

En la historia, “las revoluciones” vienen y van, levantan y derriban mancomunidades e imperios. Estas “revoluciones” tienen algo de la esencia de las cosas en naturaleza. Son fuerzas como tempestades o tormentas en el mar (Newton, M. 1996).

Al final, el problema es que la verdad es, también, una costumbre. Nos acostumbramos a reconocer *lo verdadero* y a actuar, o no.

La educación que intentó Itard pasa por el dominio de las pasiones, por el dominio de sí, pero no por la sofocación del instinto. Es precisa la ira, es necesario saber juzgar oportuna la rabia y desencadenarla cuando se sufre o se presencia una injusticia, un juicio incoherente o falso con respecto a lo que se entiende como verdadero. No estamos acostumbrados a enfocar la ira

hacia estas cuestiones, y, cuando lo hacemos, el impulso se apaga pronto. Pero en escala humana no puede tratarse únicamente de la ira repentina.

El animal defiende su vida a toda costa, la conservación de este instinto, de esta ira, puede verse en la rebelión. Ya aquí como algo mediado, precisamente, por un sentimiento de *lo justo*, de *lo verdadero*, de *lo correcto*, de *lo necesario*. Itard logra doblegar el instinto de defensa violenta del pequeño *salvaje*, pero se preocupa de que Victor sepa rebelarse. No se trata de que los instintos y las emociones desaparezcan bajo el peso de la razón, sino de una mutua evolución. La verdadera educación no es otra cosa que la sofisticación, no la negación, de los instintos. El animal se defiende y ataca ante una provocación física. El humano se rebela ante lo injusto pero esta rebelión debería tener tantas caras y tipos como los tiene la injusticia y la inequidad que nos ha tocado presenciar. La rebelión es el lugar para la inteligencia y la, no para el dogma.

No pareciera que la rebelión fuera un deber ciudadano, pero desde la perspectiva de la lógica democrática (esa quimera, decía Rousseau, que nunca ha existido y nunca existirá pero que parece ser lo mejor que tenemos por ahora como horizonte) creo que lo es. Debe ser parte de la educación ciudadana la conciencia sobre el deber de revolucionar la sociedad, de sacudirla de sus errores, de traerla de vuelta —de cierto modo— a su condición de origen, a su

naturaleza humana de potencialidad y perfeccionamiento. La sociedad es algo en movimiento, la humanidad crece, se desarrolla; su composición cambia, la tecnología la convulsiona y transforma su noción de existencia. Si la composición humana y relacional de la sociedad es dinámica, también lo deben ser sus instituciones. Pero las instituciones están hechas para garantizar el orden, para disciplinar, para garantizar la estabilidad y la seguridad que la vida civilizada añora. Es entonces cuando se precisa la rebelión, cuando es necesario recuperar los instintos básicos de la ira potenciados por la capacidad de juzgar lo justo y lo injusto, así como por la creatividad para mejorar, derrumbar o establecer instituciones.

Algo tenemos que hacer para sacudirnos, pues pareciera que nada realmente nos espanta, que nada parece grave. Hemos caído en el sopor del pesimismo y la derrota, abdicamos del compromiso con la vida, con el mundo, la historia y su verdad. Solo sufrimos aisladamente de angustia y ansiedad por lo que viene. El profesor Itard quiere confinarnos en un lugar oscuro y nos maltrata, nosotros le agradecemos con una sonrisa.

Coda: *Un día de furia* (1993), Joel Shumacher. Un hombre que se queja porque le han mentido toda la vida. El policía que quiere atraparlo le dice, “sí, todos lo sabemos, todos sabemos que es un engaño”. Dada la normalidad del mundo que rige la narración, suena inspirador lo que dice

el loco, pero no deja de parecer un loco. Todo era una farsa y él apenas se ha enterado. Está acorralado, se hace matar a tiros.

Febrero de 2020

Notas

[i] Los fragmentos que aquí traduzco son del francés, a partir de la obra Itard, J. (2003) *Mémoire et Rapport sur Victor de l'Aveyron*, que recoge los reportes de 1801 y 1806 y se encuentra disponible en el siguiente repositorio de la *Université du Québec à Chicoutimi* : <http://classiques.uqac.ca/>; o de la versión inglesa, con una revisión del texto francés, disponible en imagen digital del facsimilar con el nombre *An historical account of the discovery and education of a savage man: or, the first developments, physical and moral, of the young savage caught in the woods near Aveyron in the year 1798* (1802), en <https://archive.org/>. Esta versión inglesa solo presenta el primer reporte.

[ii] Esto corresponde, claro, a los valores ilustrados y románticos que dejó en el aire la Revolución Francesa. Para los años de la historia de Víctor, Napoleón ya ha derrocado al *Directorio* y ha finalizado la Revolución. Es claro que Itard

es amigo de los ideales que llevaron a esta convulsión. Las ideas de Locke, Condillac, Rousseau y Pinel sobre el hombre, la civilización, el contrato social, el progreso social y la historia, entre otras, son evidentes en los trabajos de Itard. Al respecto de esto y del papel de los niños *salvajes* —reales, soñados y mitificados— en el desarrollo de la filosofía, la psiquiatría, la psicología, la antropología y la medicina en la moder-

nidad hasta inicios del siglo XX, es invaluable la tesis doctoral de Newton, M. (1996). *The Child of Nature. The Feral Child and the State of Nature*. University College: London.

[iii] García, C. y Laercio, D. (1987). *La secta de los perros*. Madrid: Alianza Editorial.

La inteligencia americana

María Isabel Gaviria

La “inteligencia americana” (1936) parece ser un concepto que Alfonso Reyes, en uso de su diplomacia, acuñó como permiso para justificar la mayoría de edad del pueblo americano. Si no se lee desde una perspectiva más aguda, se creería que la inteligencia está dividida por nacionalidades o por fronteras geográficas. Nunca he escuchado, por lo menos no desde mi experiencia, que se hable de una inteligencia europea o de una inteligencia alemana. Esta ya se muestra sobreentendida, e incluso adjetivar la inteligencia cuando se hace referencia al “viejo mundo” parece una composición absurda, ella, ya es europea *per se* y no se aceptan objeciones. Así, hablar de una inteligencia americana parecería casi una interrupción tímida, un balbuceo inaudible que América, las Américas: la central y la del sur pronuncian para ser atendidas. Por esta razón habría que repensar si al hablar de inteligencia americana, Reyes hacía un llamado de atención sobre la existencia de América en el que se escondía un permiso infantil para poder pensar, o si en realidad es allí donde propone

una clave hermenéutica para seguir entendiendo a América.

Años después y desde la distancia, quiero darle mi voto de confianza a Reyes en esta relectura y pensar que cuando se refería a la inteligencia americana estaba mirando a profundidad y que con ella abría la posibilidad de la creación de una sensibilidad, de una lectura que incluso sobrepasara la razón misma. Lo digo precisamente en estos términos porque, en el año en que se publica el texto, el fascismo y el nazismo ya habían ascendido por las mismas vías de la razón. En ese momento, Europa estaba llevando a su extremo esa “inteligencia” que los conduciría a su desmembramiento y sufriría las consecuencias de esa razón traducida en guerra y destrucción. Allí, en esa grieta, Reyes ve una posibilidad de resignificar, no solo lo americano, sino también lo humano. Pero es curioso que se dirija nuevamente a la razón, para remediar eso que ella ya había causado. Por esto, la inteligencia americana no podría referirse a esa

racionalidad vacía, desprovista de las contradicciones que implica el hecho de ser americano.

Así, su inteligencia sobrepasa los límites en los que Reyes la había enmarcado y se ha ido alimentando y transformando en una historia a la que el autor mexicano no pudo asistir y que seguramente, para su fortuna, no imaginaba. La inteligencia americana, más allá de su autor, y atravesada por los avatares de los conflictos, incluye en sí misma la contemplación de los miedos, de las desigualdades y el desequilibrio de una sociedad que ha estado constantemente al borde del abismo. Advierte la violencia, el resquebrajamiento, pero también la capacidad de sobreponerse, de burlarse de sí misma.

La inteligencia americana consiste en comprender que somos un pueblo criado con la naturalidad de lo inverosímil. Se trata de entender que

existen muchas formas de nombrar y de narrar aquello que para el resto del mundo parece ficción y que para las américas son las historias de nuestros abuelos. Lo inverosímil es la fuerza vital que sostiene a una comunidad atravesada por la palabra que va de boca en boca, se desborda, permanece como huella y finalmente se traduce en una forma de ser, de hablar y de percibir el mundo. En ella (al interior de esta fuerza) no es extraño que Pierre Menard sea el autor del Quijote; que sea posible convertirse en un Axolotl o que una población completa sea contagiada por la peste del olvido. Porque una sociedad hermanada por lo inverosímil solo puede avocarse a reinventarse una y otra vez en el asombro de la palabra.

Traducción

Traducción

Operative Bildlichkeit mit und ohne Algorithmen (Traducción)

Iconicidad operativa: con o sin algoritmos

Sybille Krämer

**Simposio: Imagen – algoritmo – Bauhaus
Universidad de Antioquia, Medellín – Colombia**

**Traducción: Andrés Felipe Quintero Atehortúa
GELCIL, Universidad de Antioquia**

1. ¿Qué significa ‘iconicidad operativa’?

El significado de ‘iconicidad’ se puede desprender de fenómenos como cuadros artísticos, ilustraciones o imágenes técnicas. Se trata de un concepto extendido de iconicidad que incluye todas las formas de marcas y ornamentos gráficos visibles en superficies. Desde esta perspectiva nos encontramos con una clase determinada de artefactos visuales, los cuales resultan de la interacción del punto, la línea y el plano, así como resultan de la interac-

ción de caracteres, gráficos, diagramas y tarjetas. Cada vez que estas inscripciones se emplean para objetivos cognitivo-epistémicos, se les denomina a estas visualizaciones ‘imágenes operativas’. Las imágenes operativas desempeñan una doble función: hacen visible lo invisible y posibilitan la edición de lo invisible en el medio de sus representaciones visibles. El nomograma de la multiplicación sirve de ejemplo al respecto. Para comprender el artificio de la iconicidad operativa es importante entender la visualización como ‘espacialización’. Aquello que se ve y manipula son constelaciones espaciales.

2. Espacialidad artificial y la ‘técnica cultural del aplanamiento’

La espacialidad es una forma especial de lo espacial. Si bien constituye el formato medial tanto de imágenes como de textos, se le ha prestado poca atención y no se ha investigado mucho. No obstante, desde la pintura rupestre y los tatuajes en la piel, pasando por la invención de caracteres e imágenes hasta llegar a la televisión y el cine, a la pantalla del computador y el teléfono inteligente, se extiende la tradición de una ‘técnica cultural del aplanamiento’. Mientras que una tradición filosófica asocia el pensamiento con el fondo y la profundidad y tabuiza la superficialidad, es precisamente la relación con las superficies ilustradas y con las inscripciones lo que se convierte en una fuente de creatividad científica, artística y técnica. ¿En dónde reside el secreto de la fuerza productiva del aplanamiento? En nuestro mundo tridimensional, todo lo que se encuentra ‘detrás de nosotros’ es invisible e incontrolable. La invención de superficies con inscripciones anula esta dimensión de profundidad y logra un espacio especial de la vista panorámica, con la que todo lo que es, lo que no es y lo que nunca puede ser (objetos imposibles) se vuelve gráficamente visualizable: en todo caso parece ser así. Algo que no es perceptible (todavía) puede hacerse visible por medio de la inscripción. La eficacia cognitiva y estética del medio de la superficie inscrita estriba en ser un medio que actúa

de intermediario entre tiempo y espacio, entre idea y concepto, entre el procedimiento y la estructura, entre el plan y la ejecución. Lo que se proyecta en la bidimensionalidad, y por consiguiente se visualiza, también se produce de cierta manera. La visualización de lo invisible no es solo su representación, sino también producción, es decir, constitución.

3. Algoritmación como una forma de la iconicidad operativa

El término ‘algoritmo’ se remonta al erudito persa Al Chwarizmi, quien importó a Europa la aritmética escrita con números indo-arábigos, esto es, el sistema decimal. Por primera vez, la aritmética se convirtió en un procedimiento netamente escrito. La aritmética elemental se convirtió en un saber estudiantil que se podía enseñar y aprender. Al memorizar las operaciones de uno más uno, uno menos uno, uno por uno y uno dividido uno, se pueden realizar tareas muy complejas de una manera muy fácil, sin tener que saber que se trata de problemas numéricos. Algoritmar significa descomponer una solución compleja del problema en pasos individuales, resolviendo el problema por medio de su análisis mecánico. En este aspecto nos encontramos con una paradoja: el progreso de la civilización consiste en operativizar dominios del trabajo mental para que estas operaciones se puedan realizar sin referencia a la interpretación, el significado

y el sentido. Antes de que la computadora fuera inventada como una máquina física, desarrollamos la computadora dentro de nosotros. Pero cada operación formal –lo cual se suele pasar por alto– puede llevarse a cabo sin referencia al significado del signo; sin embargo, requiere la máxima precisión para reconocer y transformar la forma y el patrón. En lugar del sentido, la sensualidad en como se dispone la forma de los signos se pone de relieve en la superficie. Al mismo tiempo, si la superficie inscrita es un medio elemental para pensar y conocer, esto significa que la identificación y transformación de patrones es fundamental para pensar y conocer.

4. La promesa de transparencia de la literalidad alfabética

Lo digital debe ser reemplazado por la computadora. Digitalizar significa discriminar un continuo, es decir, diseccionarlo en elementos que sean codificables y que se puedan combinar de forma relativamente libre. Desde esta perspectiva, el alfabeto ya es un medio digital. La alfabetización europea implica el uso de signos numérico-algebraicos, es decir, el desarrollo de escrituras matemáticas, lógicas y de informática. La alfabetización alfanumérica está vinculada a la pretensión de hacer que el espacio de lo conocible sea perceptible, accesible y controlable. Esto se llama la “promesa de transparencia de la alfabetización alfanumérica”. Por lo tanto, el alfabeto siempre va

a ser más que un sistema de escritura para el lenguaje: (i) Como sistema de ordenación, organiza grandes cantidades de información (diccionarios, directorios, catálogos, índices ...) y los vuelve fáciles de registrar y abarcar. Así es como se crean las primeras “bases de datos *avant la lettre*” en forma de enciclopedias, diccionarios y manuales; (ii) Como un alfabeto binario, que inventó el filósofo G.W. Leibniz, puede convertirse en un código no solo para textos alfanuméricos, sino también para todo lo que sea notable en formato discreto; (iii) En la forma del algoritmo, surge un modo de instrucción operativamente efectivo para la manipulación de signos, ya sea ejecutado por humanos o máquinas; (iv) A través de la formalización, los argumentos, las pruebas y otras formas de razonamiento pueden hacerse transparentes y comprensibles. ¿Existe un vínculo sutil entre la promesa de transparencia de la alfabetización alfanumérica y el programa didáctico de madurez y soberanía individual en el pensamiento moderno?

5. De la ‘Legibilidad del mundo’ a la ‘legibilidad de datos de la máquina’

¿Qué sucede cuando la superficie inscrita se convierte en una interfaz en red? La digitalización contemporánea se entiende como una transición de la ‘legibilidad del mundo’ (Blumenberg) a la ‘legibilidad de la máquina del universo de datos’. Esta transformación produce una situación paradójica:

(i) Por un lado, tiene lugar una radicalización de la referencia de superficie y, por lo tanto, también de la ‘promesa de transparencia’; (ii) Por otro lado, ocurre un cambio de transparencia en opacidad, de iconicidad operativa en falta de iconicidad automatizada.

6. La radicalización de la referencia de la superficie

Por ejemplo, transformar un texto en un volumen de datos legible por máquina significa implicaciones visuales del texto que las personas leen automáticamente, casi inconscientemente (distinguir el encabezado del texto del capítulo, reconocer los nombres propios, eliminar la información bibliográfica del contenido del libro, etc.); las significa a través del marcado usando lenguajes de etiquetado completamente explícito. En la transformación de un texto legible para humanos en un volumen de datos elaborado por máquina, se debe manifestar lo que permaneció latente en el texto. Lo que entendemos por ‘textura’ y ‘fractura’ de textos se lleva a la superficie y se hace visible de una nueva manera. Esto cambia el estado ontológico de un texto. Lo que es un ‘texto’ legible por máquina en el universo de datos ya no es idéntico a un documento legible para humanos. Y esto es especialmente cierto en la transición de textos individuales a colecciones de textos grandes, que son difíciles de abarcar, que están disponibles para el análisis asistido por computa-

dora. El requisito de legibilidad de la máquina ha creado un área de objetos que las personas ya no pueden captar y leer, pero que tiene una empiricidad de lo textual previamente inaccesible que luego puede analizarse con la potencia de la computadora. El conteo y la aritmética, la cuantificación y las estadísticas, que hasta ahora no contaban como un depósito de las humanidades, pueden convertirse en procedimientos significativos de las humanidades digitales, aplicadas a ciertas preguntas delimitadas de investigación, en su mayoría de tinte histórico. Por lo tanto, es el proceso de explicación y manifestación de lo que estaba implícito y latente en las formas simbólicas tradicionales y las prácticas relacionadas de las humanidades, en el que la radicalización de la superficie artificial existe bajo las condiciones de la digitalidad. El desafío, pero también el estímulo de lo digital para las humanidades es ver que las humanidades digitales traigan a la luz, un poco, lo que anteriormente permanecía latente y oculto.

7. El cambio de la transparencia en el ocultamiento y la pérdida de control

Con la digitalización se está restaurando una dimensión de profundidad inabarcable: los usuarios y usuarias trabajan frente a la interfaz escribiendo y leyendo, generando así conocimiento de Internet de manera autó-

noma, como nunca antes. Pero detrás de la interfaz, hay un espacio inabarcable de algoritmos de comunicación, protocolos y dispositivos, que el usuario apenas puede controlar. Rizómicamente, en la parte de atrás de la facilidad de uso se extiende la región de un ‘secreto’ resurgente (*black box*) y el desconocimiento constitutivo, una anestesia de los usuarios. Cada *software* desarrolla una ‘máquina virtual’ que está oculta para aquellos que trabajan con el *software*. Las competencias que las computadoras adquieren inductivamente a partir de grandes conjuntos de datos, a través de programas de autoaprendizaje de inteligencia artificial (*deep learning*), siguen siendo inescrutables para los desarrolladores en el ‘cómo’ de las reglas y rutinas que han adquirido. Y los múltiples rastros de datos que los usuarios dejan en la web, datos que utilizan los algoritmos de creación de perfiles y los

comportamientos de predicción de las personas, generalmente están fuera del alcance de sus creadores. Vemos que la promesa ilustrada de ética y transparencia se convierte en su opuesto. La digitalidad en red muestra su cabeza de Jano: ¿necesitamos una nueva forma de ilustración, una ‘ilustración digital’?

Nota: A propósito de esta traducción recomendamos la lectura del [texto](#) que queda en el hipervínculo, autoría de Andrés Felipe Quintero, en el cual se reflexiona sobre las dificultades de la traducción.

Miscelánea

Miscelánea

XXXIII

Catalina Garcés Ruiz

Hola, contame, ¿podemos hablar?, ¿qué hora es por esas tierras?, ¿apenas te levantás? Lo siento, me apena, desde que te fuiste a Nueva Zelanda no tengo con quién hablar, que jodida fue para mí tu jubilación y vos tan contento que andás. Bien, bien, ella está bien, es un roble, y pensar que todos creíamos que no despertaría, que después del accidente ya no regresaría a nosotros; sí, seis meses exactos, qué buena memoria, ja, ja, ja, ja, y hasta sabés sumar cabrón, ja, ja, ja, ja, ja, ¿será que sos matemático?

Sí, sí, ya te voy a contar, dejame tomo aire. Es que lo que tengo para contarte es muy fuerte para mí y lo llevo como un clavo ardiente en la mano o como una daga en el corazón, me quema, me duele, me hace daño... ¡ja, ja, ja, ja, ja, ja!, no... no, no me ha dado por la poesía, vos sabés que lo mío igual que vos, son los números. Ella ya está en casa, está débil, no obstante, se recupera, ríe, duerme menos y ya casi se normalizan sus rutinas, porque después de despertar del coma eso ha sido

lo más difícil, todavía algunas noches se despierta y en el día duerme y hace cosas raras como ducharse cuando no ha amanecido, es como si estuviera reajustándose entera. A veces dice cosas loquísimas, creo que salidas de alguno de los sueños que debió tener mientras estaba inconsciente. Vaya uno a saber en qué mundos anduvo, pero sigue siendo dulce, muy dulce y yo siento que la amo más que nunca, por eso lo que te voy a contar me duele tanto. Ve, a todas estas, ¿vos me recibirías por allá en Nueva Zelanda?, ¿creés que podría conseguir un trabajo? Pensalo, pero no me respondás ya que nos vamos por esa ruta en la conversación y es mejor soltar mi cuento de una vez.

Vos ya te habías ido cuando ella se accidentó, hablamos por esos días, extrañamente la comunicación fue casi imposible, ya lo del accidente te lo describí bien por correo y no vale la pena recordarlo, solo quiero que sepás o que te acordés que ella, según los médicos, no viviría. Eso fue muy muy doloroso para mí, además porque las primeras

semanas apenas si pude verla, no dejaban entrar a nadie a cuidados intensivos. Lo anterior es para ponerte en el contexto, me imagino que te vas dando cuenta de que lo mío es un peso en la consciencia.

Con todo lo ocurrido me refugié en mis clases, en mis estudiantes, en mis lecturas de las biografías de los matemáticos que vos y yo tanto admiramos. Comenzaba un nuevo semestre, nuevos alumnos, nuevos integrantes del grupo de investigación y de lecturas. Para mí, y vos lo sabés, siempre son solo eso: alumnos, pero esta vez no, miré, dejé que el diablo entrara, miré a las chicas, en concreto a una de ellas, la llamaremos V., no, no te voy a decir quién es, déjala V., así, no más.

Se me acercó después de la primera clase y me dijo que quería hacer parte del grupo de lectura de las biografías, que le habían hablado muy bien de él, que le gustaba mucho el trabajo que hacíamos en los colegios con los chicos, ella quería hacer parte de eso, sí, perdóná que te repita “que ella quería hacer parte”, es que me pongo nervioso, es la primera vez que lo cuento y estoy temblando, ya sabés por dónde voy. ¡Claro que entró al grupo!, y era muy inteligente y muy bella, escribía bonito; se quedaba de última en las clases y en el grupo de estudios, siempre me llevaba café y me acompañaba, al terminar la sesión, hasta el parqueadero. Yo me subía al coche y me despedía, no le pre-

guntaba nada porque ya sabía que ella buscaba la manera de que yo la llevara a su casa o a la mía y para mí eso era el peligro total, fui capaz de evitarla por algunas semanas, ¡hombre!, el accidente estaba reciente, estaba confundido y el dolor me abarcaba todo. Invitarla al coche, acercarla a su casa me parecía una falta de respeto con mi esposa, y V. lo sabía, era delicada hasta en su conquista. Yo estaba sufriendo, aunque no demostraba nada ante mis compañeros y estudiantes, pero su compañía fue un ritual al terminar mi jornada en la Universidad. ¿Qué por qué no quise contarte nada en esos días?, pues no sé, no quería dañar tu felicidad de jubilado con mis cuitas, te imaginaba haciendo lo que te daba la gana como te lo merecías, con tu esposa, y lo mío era muy mío y muy triste, era la vida de la mujer con la que he pasado casi todos mis años la que se me escapaba; era la jovencita que se me metía... me parecía bastante cliché la escena como para contártela.

Mi esposa es mi primer amor, era el amor, lo es. Sin embargo... sí, sí, sí me acosté con V, dejame a mi ritmo en esta narración, porque no es solo cargo de consciencia, escuchame y vos me decís que es lo que tengo adentro. V, es bellísima y muy joven y también inteligente, se parece un poco a ella, pero mi esposa es más dulce, y más, mucho más inteligente; V... V. es más joven, ¡ya sé que te lo he dicho y que lo supones desde el principio!, son los nervios, ¡ahhh no jodás!, números, siempre números,

te respondo: tiene veinticinco años menos que yo y se me fue metiendo de a poco en el corazón o en el pito será, o no sé en dónde, en la soledad y en la tristeza. Yo nunca había sido infiel y me jode que sucediera en el momento más triste, como si la perdiera dos veces, por muerte y por traición.

La primera vez fue en mi casa, en nuestra casa, el carro estaba en reparación, había estado toda la mañana en el hospital porque ya nos permitían visitas, llevaba dos meses de ese ritual “conversatorio” con V, ¿suena feo, cierto, eso de ritual conversatorio?, y la noche anterior me había enviado unas fotos raras, me saludaba, me hablaba de Euler en el correo, de la carta sobre el azul del cielo y al final anexaba fotos tuyas, una en el mar, con las olas y el azul del horizonte al fondo, estaba desnuda pero a lo lejos, se insinuaban sus senos, a mí me dio escalofrío y ganas, en las otras creo que estaba en su cuarto también desnuda, pero no eran imágenes con buena resolución, yo veía sus formas. En la mañana, al día siguiente, en el hospital, no podía ni mirarla, aunque estuviera dormida, sentía vergüenza de algo que todavía no había hecho pero que sabía que haría. En la tarde respondí el correo y me encontré con ella en la entrada de la universidad, sí hombre, le puse una cita para aclarar lo que estaba sucediendo; esa noche caminamos porque el carro estaba dañado como ya te dije; caminamos, caminamos, fueron casi dos horas hasta mi

casa, yo seguí esa dirección consciente o inconscientemente, o quizás porque era la única que tomaba apenas salía de la universidad, “piloto automático” como se suele decir. Cuando mi chica estaba consciente, me moría por besarla al llegar a casa, ella se escondía detrás de la puerta para asustarme, siempre lo lograba, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ¿te acordás de eso?, entraste vos primero a mi casa y ella te asustó a vos y no a mí, ja, ja, ja, ja, ja, ja, se puso roja de la vergüenza, así la conociste y así siguió siendo y seguirá porque sé que pronto volverá a ser la misma. Deberías recibirme unos días en Nueva Zelanda, con ella.

En el camino V. me confesó que quería amanecer un día conmigo, pero que no lo tomara a mal, que era solo dormir, abrazarme a ver si me quitaba esa tristeza tan evidente, solo dormir, me decía ella que dormía tan mal y que pensaba que yo le curaría el insomnio y ella a mí la tristeza. La dejé entrar, la dejé usar nuestro baño, lavarse la cara y prepararse como si fuera mi esposa para entrar en la cama conmigo, nos abrazamos y fui yo quien la besó, y ella decía: solo dormir, te dije, solo eso, pero yo la besé y ella se dejó y fui yo también quien la desvistió mientras pensaba, esto no, eso no, no puedo hacerlo, no puedo, es un error, pero seguía y seguía... No dormimos en toda la noche, nos tocamos, nos liberamos, pero también hablamos y escuchamos música, luego volvíamos a unirnos. Sudé, sudamos, nos reímos y yo pensaba que

la vida me quería tanto, tanto que me daba felicidad frente a la pérdida inminente, me justifiqué con el “ella morirá”. Llegué a pensar que incluso desde ese mundo del sueño ella había hecho algo para enviarme a un nuevo amor para que me cuidara en su ausencia, me justifiqué de mil maneras, vos sabés cómo es eso porque lo mismo hiciste tú cuando te llevaste a la cama a la mejor amiga de tu esposa... perdón mi hermano por comparar, perdón por estas babosadas, pero por suerte siguen juntos ustedes dos y más enamorados que antes, porque esos errores más bien te hacen ver que con el amor no se juega y que el diablo de tanto en tanto se mete. Lo del diablo no es porque me haya vuelto creyente, perdoná que lo nombre y que hable del mundo del sueño siendo yo tan racional, no es que ya me haya convertido en religioso, es que no encuentro otra palabra para definirlo, no quiero creer ni pensar en solo biología e impulsos corporales, me parece un exceso de materialismo y de cosificación, que es una palabra tremendamente fea, y ya me suena casi a sacerdocio. En fin, pendejaditas mi hermano, lo mío es vil traición.

Esa semana hablé con la familia de mi esposa para que fueran a visitarla porque yo no podía, dije, me justifiqué con los compromisos de la universidad, de mi desgaste, de mi tristeza y ellos lo entendieron así. Me dediqué al cuerpo y al amor de V. casi a diario, despertó en mí un deseo y una alegría inimaginables. La veía en la clase y se me dibujaba en el rostro esa risita estúpida de

“ponqué”, que he escuchado que la llaman así los estudiantes, de adolescente enamorado. Era feliz, la besaba en los pasillos vacíos, después de clase, en la entrada de los baños, en los parques por los que caminamos, la semana se hizo mes, los meses se multiplicaron, hasta que mi esposa despertó.

Pálida, sin fuerzas, los músculos no le respondían, pero sus ojos brillaban, preguntó por mí, me dijo su hermana y lo confirmó la enfermera que justo presencié el milagro, ¿vos si ves cómo estoy hablando?, me desconozco por completo, parezco un profeta o un apóstol o un predicador. El caso es que mi linda despertó y a mí se me vino el mundo encima porque jodida cosa es la consciencia, pensé matemáticamente en una demostración del amor fallida porque en la ecuación siempre el resultado era mi esposa y yo me fui por la variable de V. Esa noche y esos días ya no respondí a V. y la evité en clase y en el grupo, no me tomé el café, se me partía el corazón también al verla porque todo su cuerpo hablaba, evidentemente estaba triste, sus ojos eran un desastre del llanto, hasta falté a una cita y no me excusé con ella.

Mi amor llegó a casa, pedía mi atención permanente y yo no podía dársela, aunque quisiera, me sentía malo, me sentía traicionero y mi cuerpo estaba vibrando distinto, no fui capaz de tocarla, de acariciarla, de mimarla, la

cuidé como se cuida a la madre en recuperación, no a la esposa, y ella se dio cuenta. Yo expliqué muy bien que era la conmoción, que no podía despertar de mi asombro de tenerla nuevamente en casa y que me daba miedo tocarla porque no quería dañarla, sentía que nuestra vida debía dar un vuelco, un cambio después de los meses de dolor vividos. Amigo, voy a colgarte un instante porque me quiebro y necesito respirar. Te llamo en un minuto.

Hola, ya puedo hablar de nuevo... dime algo que ya he hablado mucho yo, ajá, sí, sí, gracias hermano, me ayuda lo que me cuentas, sí, sí, claro que también he pensado eso, por eso mismo es que hablo con vos porque lo has vivido y puedes darme un buen consejo. ¿Sigo?, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ya veo que eres tan chismoso como cualquiera, sigo entonces, pero antes te agradezco por hacerme reír, hace rato que no puedo. Bueno, el caso es que antes ya había hablado con V. de un posible futuro juntos si mi esposa moría, ella estaba entusiasmada, cuando la amaba decía mi nombre y decía “te amo y te quiero conmigo”. Perverso hermano, muy perverso.

Mi esposa es inteligente y también intuitiva, una mañana justo al despertar me dijo que la vida comenzaba en ese instante, que todo lo de atrás eran sueños y pesadillas, me dijo que ese era el minuto cero de un presente continuo que para mí fue como

el perdón por una confesión no hecha, o el perdón por eso que ella ya sabía de mí, era como si me dijera “no tienes que contármelo, tu tormento vale por una disculpa”, es hermosa esta mujer pero ya sabés que el tormento era doble, ¿cómo iba a decírselo a V?... ¡claro que ya se lo dije!, no tuve opción, ella me esperó y no quiso irse hasta que habláramos, yo llamé a casa y me excusé porque iba a tardar, le dije que cenara sola y yo me fui a un restaurante con V., uno muy lejano para evitar posibles conocidos. Ella lloró durante todo el camino, pero me contó que tampoco estaba limpia, que ya sabía que mi esposa estaba bien y en casa porque esas cosas se saben en los pasillos de la universidad, que le molestaba mi silencio pero que sentía que era como un castigo porque ella había deseado que mi esposa no despertara, quería que muriera para tenerme solo para ella... estaba jodidamente enamorada y la vi tan niña y tan frágil que me sentí el hombre más malo de la tierra. La abracé fuerte, admiré su belleza, su cuerpo y su inteligencia, la manera en la que me había amado y lo que me había hecho sentir, pero le dije también que era una niña y que tenía mucho por vivir, que yo era un viejo ya, con vicios y sombras, y que el universo o la matemática la había salvado de un tonto como yo, que con los años se daría cuenta de que no valgo tanto como ella creía, la animé a terminar la carrera y a olvidarme, aunque le dije que podía contar conmigo siempre. Eso lo dije con el corazón, sin embargo, me escuché diciendo las mismas palabras que puede

decir cualquier hombre con menos inteligencia y más primario que yo. En resumidas cuentas, cualquier cretino, y eso es lo último que quisiera contar.

Al parecer todo está bien, V. parece contenta por la universidad con sus amigos y hasta supe que se fue a vivir con su exnovio, me alegré y me dolió también, dolorcito de macho, inevitable. Con mi chica las cosas van mejorando, tanto su salud como la relación, aunque yo no logro sanar de esa falta cometida aun sabiendo que tengo su perdón, no entiendo cómo puede ella vivir en el

presente y yo anquilosado en ese pasado reciente, se me quiebra el corazón al pensar que pudo haber muerto y que yo llegué a creer que era lo mejor para poder vivir mi romance con la jovencita... ¡uuuuuuu, mi hermano!, pero ahora respiro profundo después de haberlo contado, después de saber que alguien me escucha y no me juzga, sos un gran amigo, sos un gran amigo...

Silencio

Salvador

Pero ¿qué es el silencio?
Preguntó el poeta al dios del Fuego,
pero solo recibió más silencio,
nada.
Fue incapaz de escuchar el grito del Fuego;
inefable verso que los meandros de mis versos
no atrapan.
Silencio quizás sea el grito unísono del todo.
La Sierpe, el Lobo,
la serenidad sempiterna, incluso en su caza.
¿Acaso has visto al toro
transmutar su rostro
antes de una inefable cornada?
¿Qué ruidos guardan las huellas en la tierra?
¿Qué sonido y canto por culpa del vacío
no toca la memoria de las oscuras estrellas?
Sin embargo, ¿acaso es necesario
que el Tigre mude su rostro y ruja para temerle?
El silencio quizás sea el terrible fuego que quema sin palabras.
Nervadura, pura nervadura de los árboles
que se erigen hacia el sol,
luego de silentes batallas para el mar de tus palabras.
¡Oh hermoso, silencio! Lenguaje de miles de lenguajes,
ultraje para mis oídos que te conjuran entre susurros,
entre conjeturas, porque creen que eres Nada.